

nado por los imperiales en el Tesino, en ocasion de llevar una embajada del rey de Francia al gran turco Soliman (1). Es lo cierto, que los tratos se desconcertaron, y que el sultan, sabedor sin duda de lo que se proyectaba acerca de Tunez, formó la determinacion de ir sobre aquel reino que queria destinar para su hijo segundo (2). Esto, y el haber casado entonces Barbaroja su hijo en Constantinopla, prueba que los tratos se deshicieron de todo punto, lo cual vino bien al rey de Tunez, segun antes indicamos, porque ya el emperador, el cardenal regente de España, el príncipe Doria y todos los que mas influian en los negocios públicos, no pensaron sino en proteger y defender á Tunez y en enviar naves con cuerpos de infantería á las plazas y puertos de la costa de Africa.

(1) Era este Rincon natural de Medina del Campo, tal vez pariente del licenciado Rincon, uno de los ajusticiados por la causa de las comunidades. ¿Podrá explicarse la conducta de este hombre por resentimiento que guardara al emperador, y por deseo de vengar los rigores de Carlos V. con sus amigos y parientes? Discurremos así, porque nada hablan de esto los historiadores.

(2) Con fecha 18 de setiembre decia desde Tunez Francisco de Tobar al comendador Cobos: «Agora ha llegado el capitan Vergara de Constantinopla sobre los tratos que Vuestra Señoría sabe están ya desconcertados. Dice este capitan Vergara que oyó en casa de Barbaroja que estaban de-

terminados de venir sobre Tunez, y querian este reino para el hijo segundo del Turco.»—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 468.—Acaso Vergara habia ido segunda vez á Constantinopla.

(3) Carta descifrada del cardenal de Toledo al emperador, de Madrid á 11 de octubre de 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo número 50.

En el tomo I. de la Coleccion de Documentos inéditos se hallan ademas los siguientes sobre estos tratos: Carta de creencia dada por Carlos V. al príncipe Doria y á Gonzaga para que pudieran tratar con Barbaroja en nombre de S. M. De Gante, á 3 de marzo de 1540.—Carta del emperador á don Francisco de Tobar, alcaide de la

Tal fué el término que resulta haber tenido las gestiones del emperador Carlos V. para apartar al terrible y poderoso Barbaroja del servicio de la Puerta Otomana y atraerle al suyo, y que ciertamente, si hubieran alcanzado el éxito que Carlos se proponia, hubieran quebrantado el poder del Gran Turco, quedando el emperador desembarazado para guerrear y abatir al francés, y para atender á las cosas de Hungría y del imperio, para todo lo cual era siempre un estorbo la intervencion poderosa de un enemigo tan fuerte como el sultan. Que obraba el emperador como hábil político en esta negociacion, es innegable, como lo es la conveniencia que le hubiera resultado de poderla llevar á feliz término. ¿Podrá hacérsele un cargo de haber intentado ganar á su servicio á un terrible enemigo de la religion cristiana para combatir despues con su auxilio á estados y señoríos cristianos como Francia y como Venecia? Cuando el francés y venecianos habian escandalizado antes á la cristiandad, aliándose con el sultan y Barbaroja y pidiendo la ayuda y atrayendo el poder de las armas mahometanas contra los estados del mo-

Goleta, para que haga en todo lo que aquellos le mandaren. De igual fecha.—Carta del mismo á Barbaroja dándole aviso de esto. Idem.—Salvoconducto de Doria y Gonzaga á las personas que cerca de ellos enviase Barbaroja. De Génova, 10 de abril.—Instruccion de Doria y Gonzaga á Juan Gallego,

sobre lo que habia de tratar con Barbaroja, fecha id. Por este documento se ve que Carlos V. accedia ya á dar á Barbaroja el reino de Tunez y la confirmacion del de Argel, pero á condicion de que él hubiera de desbaratar el resto de la armada del turco.

marca católico, por lo menos aquellos príncipes no tenían derecho á inculpar al emperador de que empleara los medios que la política del tiempo sugería para desmembrar y dividir cuanto pudiera el poder bastardo que ellos mismos habían invocado y de que se habían valido para intentar su destrucción, y de que en defensa propia trabajara por volver contra ellos sus mismas armas.

Menos político se mostró Carlos V. en el empeño que, frustrados aquellos tratos y pujante como quedaba el turco, formó de llevar adelante su antiguo proyecto de conquistar á Argel.

Contra el parecer y consejo de sus mejores generales ha hecho Carlos V. en 1536 su campaña de Francia y tuvo tan desgraciado éxito como hemos visto. Contra el parecer y consejo de sus mejores generales determinó Carlos V. y ejecutó en 1541 su expedición á Argel, y el éxito fué tan desastroso como veremos.

Las razones que en favor de esta resolución alegaba el César nos parecen harto débiles al lado de las que en contra de ella le esponían el marqués del Vasto y Andrea Doria. Que tenía ya, decía el emperador, equipada una flota en España y en Italia que podía reunir para esta empresa; que la mayor parte de los gastos estaban hechos, y un solo esfuerzo bastaría para acabarla antes que el monarca francés tuviera tiempo para invadir sus estados; que para atacar

al turco en Hungría necesitaria invertir grandes sumas, que no permitía su tesoro, para la traslación de tropas, artillería y municiones de España á Italia, y por último que urgía asegurar las costas italianas y españolas continuamente alarmadas y molestadas por los invasores y acometidas de los piratas argelinos. En contra de estas razones hacíanle presente los que desaprobaban la expedición, que la Lombardía quedaba espuesta á una invasión del rey de Francia que se miraba como inminente; que desde Italia estaba en aptitud de acudir al francés ó al turco, á donde mas conviniere; que abandonar la Italia por ir á Argel equivalía á dejar el reino de su hermano y aun los estados mismos del imperio en manos de un sultán, é ir á buscar lejanos enemigos cuando le amenazaban otros tan de cerca; á lo cual añadía el entendido marino Andrés Doria la grandísima consideración de los riesgos á que iba á esponer la armada en las peligrosas costas de Africa en la estación mas borrascosa del año.

A nada de esto atendió el emperador, y firme en su antiguo capricho de no dejar de dominar en Argel, ya que había enseñoreado á Tunez, despidióse del papa en Luca, «cargado de bendiciones y no de dineros,» como dice un respetable prelado é historiador español, é hizose á la vela en las galeras de Andrés Doria con rumbo á las Baleares. Los pronósticos del marino genovés comenzaron á cumplirse antes

de lo que él mismo había pensado. Levantáronse contrarios vientos y tan fuertes que con mucho peligro y no pocos esfuerzos lograron abordar á Córcega, y de allí á Cerdeña. A fuerza también de brazos y á costa de sudor de los remeros consiguieron arribar á Mahon, de donde pasaron á Mallorca, punto de reunión de la armada. Esperábalos aquí el virey de Sicilia Fernando de Gonzaga con seis mil españoles, soldados viejos de Italia, y cuatrocientos caballos ligeros, con ciento cincuenta naves. Unidos á estos sobre seis mil alemanes y cinco mil italianos con su correspondiente caballería y artillería, componíase la expedición de cerca de veinte mil infantes, dos mil caballos y más de doscientas naves, de ellas cincuenta galeras, pequeñas las demás, y por general de la armada iba, como de costumbre, el ilustre genovés Andrés Doria. También en España se armó otra flota, principalmente de naves de Vizcaya y urcas de Flandes, con abundancia de bastimentos y buena artillería, la cual llevaba poca, pero muy lucida gente, la mayor parte voluntarios sin sueldo. En ella se había alistado la principal nobleza de Castilla, el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, que la había de mandar en gefe, el duque de Sessa, don Gonzalo Fernandez de Córdoba, el conde de Feria, el marqués de Cuellar, el conde de Luna, el de Alcaudete, el de Chinchon, el de Oñate, y otros muchos grandes, títulos, nobles y caballeros. Por fortuna suya,

como hemos de ver, esta flota no llegó á incorporarse en Mallorca con la grande armada imperial, ni pudo acompañar al emperador.

La navegacion á la costa de Africa no fué pesada, aunque sí peligrosa, mas la arribada á la playa de Argel fué tan contrariada de los vientos que hubo necesidad de pasar algunas noches en las galeras á dos ó tres leguas de la ciudad. Amansados los vientos y las olas, mandó el emperador desembarcar los arcabuceros españoles con vianda para dos ó tres dias. Iban todas las galeras llevadas á remo con vistosas banderas, y el emperador de pie en la popa de la suya, con estandartes llenos de cruces, y en el mayor y principal bordado un crucifijo (13 de octubre). Poca resistencia hallaron los españoles de parte de los moros africanos que andaban por la costa, hasta acercarse á Argel. El emperador que iba delante, hizo intimar luego y en términos fuertes y amenazadores la rendicion de la ciudad á Hacen Aga, que la gobernaba desde que Barbaroja había obtenido el empleo de almirante del Gran Turco. Era este Hacen Aga un eunuco renegado, que de corsario se había elevado á la alta posicion de virey, y que en sus piraterías y depredaciones había escedido en actividad y fiereza al mismo Barbaroja. Hombre de corazon el soberbio renegado, aunque no contaba para su defensa sino con ochocientos turcos y unos cinco mil moros africanos y granadinos, contestó con altivez al empera-

dor que si llevaba muchas naves y muchos soldados, él los tenía también muy buenos y en lugar fuerte, y contaba con una mar brava; y que en todo caso moriría á manos de tan excelente emperador, pero que no olvidara cómo les había ido en aquellos sitios á otros capitanes españoles tan famoso como Diego de Vera y Hugo de Moncada.

Oída tan arrogante repuesta, procedió el emperador á cercar la ciudad, colocando convenientemente sus tropas y baterías, bien persuadido de que por muchos defensores que dentro hubiese, no era posible que resistiesen mucho tiempo á las combinadas operaciones y ataques de las naves y de la gente de tierra. Como no esperaba tener mas adversarios que los moros, no pensaba que había de tener por enemigos á los elementos, que lo fueron muy terribles y muy en breve. Apenas el ejército había tomado posiciones, cuando un recio y furioso vendabal, acompañado de lluvia y de granizo, y de una oscuridad espantosa, deshizo las pocas tiendas de los imperiales, que desprovistos de abrigo y colocados en terreno bajo y fangoso, ni podían moverse sin hundirse, ni recostarse en un suelo ya inundado, ni casi tenerse de pie sino apoyados en sus lanzas clavadas en la tierra. Así pasaron toda una tarde y una noche. No desaprovechó Hacen Aga tan favorables momentos, y saliendo con su gente descansada y bien mantenida, arremetió y deshizo unas compañías de italianos que es-

taban mas cerca de la ciudad, ateridos y casi yertos de frio. Acudió á detener á los moros el mismo general Fernando de Gonzaga, y empeñáronse serios combates, en que todas las ventajas estaban de parte de los argelinos, que se hallaban al abrigo y holgados, todas las desventajas del lado de los imperiales cansados y hambrientos, y hasta inutilizados sus mosquetes con la lluvia. Andaba el emperador á caballo con la espada desnuda, animando á unos, afrentando á otros y arengando á todos, empapado en agua y aun corriéndole por todas las partes de su cuerpo, hasta que al fin logró ahuyentar la morisma, no sin haber perdido algunos centenares de los suyos, entre ellos buen número de caballeros de Malta.

Y sin embargo, esta no fué sino el preludio de otra mayor y mas lastimosa catástrofe. Mensajera de ello fué una terrible agitacion que se observó en el mar; desatóse luego un furiosísimo nordeste que quebraba los cables y arrancaba las áncoras de las naves, y las hacia chocar ríciamente unas con otras, y abrirse algunas de ellas, y destrozarse otras contra los peñascos, y volcarse algunas, sumiéndose en las olas hombres y viandas, y cayendo los que lograban ganar la orilla en poder de los alárabes. El emperador, que era el menos aturdido de todos, dicen que preguntó á los marineros qué hora era, y como le respondiesen que las once y media, les dijo; «Pues no desmayeis que en España se levantan á las doce los

frailes y monjas á rogar á Dios por nosotros ⁽¹⁾. La fé del César era muy laudable; pero las preces de los frailes y monjas de España no alcanzaron á evitar que se perdieran quince navíos mayores, y hasta ciento cincuenta menores, con una buena parte de la tripulación y casi todos los bastimentos. El pronóstico de Andrés Doria se habia cumplido con demasiada y har-to dolorosa exactitud; el célebre marino aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta en cincoenta años de andar por los mares, y gracias que él pudo con algunos medio destrozados buques ganar el cabo de Metafuz, aunque har-to distante del campamento, y desde allí envió una galera á dar aviso al emperador aconsejándole que marchase allá con el ejército mas presto que pudiese para reembarcarle si no habia de acabarse de perder.

La situacion no dejaba tampoco otro partido que tomar. Parecia amenazar otra tormenta, y la gente que habia quedado se hallaba sin fuerzas ni vigor para sufrir ni mas borrascas ni mas fatigas. El emperador, paseando en medio de algunos de sus desalentados y desfallecidos caballeros, no contestó al aviso sino con las palabras: *Fiat voluntas tua*; con que manifestaba conformarse á un tiempo con la voluntad de Dios y con el consejo del almirante Doria. Dió luego orden de alzar aquel funesto campo y marchar. Con alegre y feroz sonrisa vieron los argelinos el movimiento de

(1) Sandoval, Historia de Carlos V., lib. XXV., núm. 44.

retirada, y no dejaron de salir á picar la retaguardia de los cristianos, á quienes molestaban tambien los moros montañeses desde los cerros en toda aquella marcha penosa, que penosísima fué, puesto que muchos de los enfermos y heridos caian sin aliento en los barrancos; otros que apenas podian sostener el peso de las armas y quedaban rezagados, eran alcanzados por los alárabes, y todos sin otro alimento que las yerbas que encontraban, y los caballos que el emperador mandaba matar, y algunos galápagos y caracoles, solo los mas robustos podian soportarlo; y para que no faltase nada á tanta penalidad, aun tuvieron que atravesar un rio con el agua hasta el pecho. Lo único que infundia aliento á todos era la serenidad, la presencia de ánimo, la magnanimidad con que el emperador sufría todos los trabajos é infortunios como el último de sus soldados, comiendo lo mismo que ellos, acudiendo á todos los peligros, ayudando y consolando á los mas débiles, y no dando una sola señal de flaqueza. Con tan heróico comportamiento consiguió que los mismos generales que se habian opuesto á la expedicion le perdonáran las desgracias que su obstinacion habia acarreado.

Al fin, despues de imponderables trabajos llegaron con bonancible tiempo al cabo de Metafuz, donde para su consuelo y fortuna hallaron abundancia de víveres, que se conservaban en las naves que Doria habia podido salvar, y repusieron sus gastadas fuerzas y

recobraron su perdida alegría. Este cambio hizo ya dudar si convendría reembarcarse para Europa, ó sería mejor volver sobre Argel: á esto último, que parecía tan temerario, se inclinaban no obstante muchos, especialmente los españoles, los mas fáciles en olvidar los trabajos, asi por parecerles cosa vergonzosa retirarse sin poder contar mas que desastres, como porque creían que aun podia conquistarse Argel tomando precauciones que antes no se habían tenido. De este dictámen era el ilustre Hernan Cortés, famoso ya por sus hazañas en el Nuevo Mundo, y el cual se halló en esta jornada, sin que de su persona, por miserables envidias, se hiciese caso, y menos se le diese parte en los consejos; y tanto que como despues de pasada la tormenta propusiese que se le dejara con la gente que alli habia, y que se obligaba á ganar con ella á Argel, los unos no quisieron escucharle, y los otros hasta se le burlaron: ¡se burlaban del atrevido conquistador de Méjico! (1). Decidióse pues el emperador por el reembarque, y como las naves eran pocas y la gente mucha, hubo necesidad de arrojar al mar los caballos para hacer lugar á los hombres, cosa que dió á todos gran lástima, y especialmente á los dueños de aquellos, con quienes tuvo

(1) Dice Sandoval, hablando de esto, que quien mas perdió en la expedicion, despues del emperador, fué Hernan Cortés, marqués del Valle, «porque se leyeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en 100,000 ducados, y nunca se pudieron hallar.»

el emperador que usar de toda su autoridad. Embarcáronse pues primero los italianos, los alemanes luego, y los últimos los españoles, siendo el emperador de los postreros á dejar la playa.

No habían acabado los trabajos de esta expedicion desastrosa. Apenas la tierra habia quedado limpia de hombres, cuando se cubrió otra vez la atmósfera y se levantó otra borrasca, que aunque no tan horrorosa como la primera, bastó para dispersar toda la flota, llevando á Bujía ó á Italia los buques que debían venir á España, arrojando á otros á Orán, algunos á Argel, naufragando otros en los torbellinos antes de poder salir á alta mar, habiendo nave en que iban cuatrocientos tudescos, que anduvo perdida cincuenta dias, pereciendo al fin de hambre y de frio cuando tomaron puerto los que en ella navegaban. El emperador mismo, despues de correr graves riesgos, fué á abordar á Bujía, y alli permaneció hasta que serenado el tiempo, y habiéndose levantado un viento sudoeste, despachó á Sicilia y España á Fernando de Gonzaga y al conde de Oñate con las pocas naves que alli habia de cada pais, y él tomó rumbo á Mallorca, y de alli á Cartagena (diciembre, 1544), donde fué recibido por los españoles con la alegría de quien recelaba ya que no volviese, segun las funestas y alarmantes nuevas que habían corrido.

Tal fué la desgraciada y calamitosa jornada de Argel, emprendida por Carlos V. contra el consejo de

sus generales: suceso que, como dice un antiguo historiador, «dió que contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien espíó su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que así le habia sonreido en Tunez como se le mostró ceñuda en Argel: gran leccion para los principes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presuncion y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes tambien las calamidades á infortunios que causó esta malhadada expedicion; y sin embargo, aun se habian temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacia llegar abultados, como de ordinario acontece con las malas nuevas. Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, así para ganar triunfos como para sufrir reveses ⁽¹⁾.

(1) Nicol. Vilagn. Caroli V., expeditio ad Argvriam.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXV.—Paolo Giov., Hist., lib. XL.—Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V.—Carta del comendador Váñuelos sobre lo ocurrido en la expedicion de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—V.—4.—Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V.—3. y en la Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

CAPITULO XXV.

GUERRA GENERAL CON FRANCISCO I.

De 1544 á 1545.

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Carlos á Italia y Alemania.—Estraña propuesta del pontífice: recházala Carlos.—Conquista el ducado de Gueldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultán en Hungría: Barbaroja, en Francia.—Carlos V. en la dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperiales en Cerisoles.—Entrada de Carlos V. y de Enrique VIII. de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á París.—Temores en aquella capital.—Situacion del rey Francisco.—Tratos de paz.—Capitulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Carlos V. en Bruselas.

Desde el viage engañosamente amistoso de Carlos V. por Francia, y mucho mas desde la desenmascarada respuesta que dió á los embajadores del rey Francisco en Gante sobre el asunto de Milan, na-